

Yo no digo por qué causa, ni con esto les echo la culpa a ellos; pero el hecho es real, y a todos nos importa remediarlo, pues es triste que sepamos tan poco de lo pasado y de lo presente en lo que a América se refiere. Sabemos, en cuanto al presente, unas pocas noticias de los que vienen de allí, y unas pocas noticias estadísticas respecto del crecimiento de la agricultura y de la ganadería en la Argentina, y respecto del carácter jurídico y militar del pueblo chileno; cierta vaga noticia tocante a los progresos hechos por la República mejicana, etc.; y cosas generales, ideas vagas o diminutas que no tienen consistencia, que no van rodeadas de todo aquel núcleo de noticias que permitan formar juicio exacto de un pueblo; y como desconocemos la cosa, como desconocemos la realidad a que apuntamos, no tiene nada de extraño que no nos interese lo bastante y que no se despierte en el ánimo de nuestras gentes la inquietud, la preocupación por el problema americanista.

Por todo esto, y sean o no éstas todas las causas de las cuales proceden los hechos que apuntaba en el comienzo, no cabe duda que se hace más y más preciso el que nosotros difundamos en el país, por todos nuestros medios la cultura hispano-americana, es decir, el conocimiento de aquellos países, lo que significan y representan, y lo que nos importa el problema americano. ¿Qué me-

dios tenemos para ello? Tres son, a mi entender, los principales. El primero de todos es ir allá, y ese es realmente insustituible.

Cualquiera que haya saludado la psicología o tenga no más que experiencia de la vida humana, sabe que no hay nada equivalente a la impresión personal. Cien libros no valen lo que un cuarto de hora de conversación con un maestro. ¡Cuántas veces hemos aprendido, conversando con escritores nacionales o extranjeros, más que nos dieron a conocer los libros escritos por las mismas personas! El caso es igual respecto de América. Por eso mi deseo, mi propaganda constante de que enviemos mucha gente allí, toda la gente que podamos; y hablo, señores, claro es, de la gente que puede representar el día de mañana un elemento director entre nosotros, es decir, todo lo intelectual que tenemos: nuestros profesores, nuestros literatos, nuestros economistas..., nuestros políticos, inclusive.

El segundo medio es que en este mismo orden de relación, pero ya mirando a una reciprocidad de parte de los americanos, se establezca y se afirme el intercambio de profesores entre las Universidades americanas y y españolas.

Y el tercer medio consiste en la difusión del saber de América, que nosotros podemos conseguir de dos maneras, como otros paí-

ses, como Francia, por ejemplo, lo ha hecho. La primera, dando en el programa de nuestros establecimientos oficiales de enseñanza, en todos ellos, desde la escuela, (no habría inconveniente ninguno) hasta la Universidad, una participación que no tienen, o que tienen muy escasamente, (verbigracia: en la Universidad de Madrid, por excepción, en una sola cátedra muy poco frecuentada), a todos los conocimientos capaces de dar a nuestra juventud una idea de lo que es América, incluso en el orden geográfico. Porque, hablemos con franqueza, ¿no es cierto que de cien amistades nuestras, incluso en las gentes de cultura, noventa y nueve no serían capaces de enumerarnos sin vacilar todas las Repúblicas hispano-americanas? Pues eso da la medida de nuestro conocimiento de aquellos países. ¿Y qué costaría (todo es cuestión de tino, de prudencia, de tacto), qué costaría, digo, introducir estas cosas, no en el tipo de una nueva asignatura que recargase el estudio de los alumnos sino en el de una obra inteligente de cultura bien distribuída, que procurase las noticias fundamentales del orden geográfico, el histórico, el económico, etc., etc., con relación a los países americanos? Y realmente si no lo hacemos en los establecimientos oficiales, y de aquí se difunde a los establecimientos privados de enseñanza por un movimiento lógico de trans fusión, careceremos de aquella preparación

necesaria para poder relacionarnos sólidamente con América.

Eso no quita que Sociedades como ésta, como la Unión Ibero-Americana y la constituida en Barcelona, transformada ahora en Casa de América, para que todos, en fin, los Centros hispano-americanos o americanistas que se han fundado en España, tengan una misión que cumplir. Al contrario, yo creo que la tienen muy alta, porque claro es que la medida, la amplitud con que todos estos conocimientos se pueden plantear en los establecimientos oficiales de enseñanza, no pueden ser iguales a las que cabría darles aquí, por ejemplo. Si fundamos la enseñanza americanista en nuestros Centros oficiales, tendríamos, además, público preparado para venir aquí a ver, desde otro punto de vista, con cierta profundidad, los mismos problemas, y a capacitarse para conocerlos y atenderlos cada día mejor.

Pues bien; yo entiendo que el Centro de Cultura Hispano-Americana se ha fundado especialmente para enseñar a los españoles que quieran saber de estas cosas, y llamar la atención de todos hacia lo que es América, hacia lo que significa para nosotros; y yo quiero contribuir a esta obra, como os decía, principalmente con datos de la experiencia propia, con datos adquiridos en mis viajes y en mis comunicaciones con los hombres que en América representan algo en el orden

de la cultura. Ahora bien: para juzgar de la cultura de un país es preciso colocarse en un punto de vista muy amplio y tan complejo como la vida misma, en vez de colocarse en el punto de vista estrecho que ofrece la cultura de un país solamente por la existencia en él de un factor. Me explicaré. Es perfectamente cierto que la expresión más alta de la cultura de un pueblo consiste en la creación, en la obra nueva. Un pueblo que ha llegado a la madurez de espíritu, que tiene fuerza bastante para crear alguna cosa que no se ha dado todavía en la historia de la civilización, o que ha mejorado algo de lo ya producido, ese es pueblo culto. Porque el hecho de que haya producido alguna obra nueva, de que haya creado algo, significa que existe en él un medio capaz para que florezca un espíritu suficientemente formado para esta creación. Mas el poder de crear en un pueblo, el poder de hacer obra nueva, el poder de dejar en la historia de la Humanidad alguna huella indeleble que marque una etapa, que sea como un faro y como un modelo en la serie de los tiempos, eso no depende sólo de la voluntad del hombre: es obra del hombre *más* el tiempo.

Todos recordaréis aquella anécdota, que tanto se ha repetido, de un millonario yanqui que contemplaba no recuerdo si un edificio de la época ojival o del Renacimiento italiano, y hablando de él con un inglés de cultura, le

decía "que ellos, con dinero, también podrían lograr monumentos como aquél." Y el inglés le contestó: "Sí; pero le advierto a usted que esto se ha conseguido mediante dos cosas; dinero, que ustedes tienen, y tiempo, que ustedes no pueden improvisar, porque cada uno de estos monumentos es la florescencia de toda una cultura que ha necesitado muchos siglos para poder desarrollarse y producir estas manifestaciones exteriores."

Pero si nosotros, apreciando esto nada más, dijésemos que pueblo que no crea que no ha llegado ya a tener su carácter propio, que no ha impreso su huella original en la cultura, no es un pueblo culto, cometeríamos un error y una injusticia. ¿Por qué? Indudablemente, aun en la historia de los pueblos que entran en aquella categoría, hay muchos períodos en los cuales la creación se debilita; se produce una especie de cansancio una especie de agotamiento de energías, quizás una especie de transfusión del poder creador de unos a otros, como alguien ha supuesto. Sea lo que fuere, el hecho es que pueblos que han tenido períodos de gran efervescencia en la creación, que han realizado algunas cosas originales que ya no se borrarán de la historia de la civilización, dejan de tener esa representación iniciadora, y entonces siguen viviendo, no fuera de la cultura, sino en un orden de cultura que se limita a repetir, a aprender lo que otros

hacen de nuevo, a realizarlo ellos mismos, asimilándolo, y a seguir el movimiento natural de la civilización, aunque no añadan de su parte ninguna nota nueva. Ahora bien; a un pueblo que hace esto, no cabe borrarlo del campo de la cultura; es un pueblo que estará, o en un período de descanso o en un período de asimilación, porque el ideal a que responde su vida se ha agotado y está elaborando sorda y noblemente los ideales nuevos, o porque aún es demasiado joven para tener definida y en acción su originalidad.

Hay otra posición del espíritu de los pueblos que para mí es representativa de un grado de cultura de importancia, muchas veces, quizás, superior a aquel a que acabo de referirme, y es la que representa el hecho de ver claramente, y en todo su valor, el problema mismo de la cultura, y sentir la inquietud de resolverlo. Ver cuáles son nuestros defectos, cuáles son nuestras deficiencias, cuáles son nuestras necesidades, aunque no las hayamos resuelto todavía, aunque estemos en el período del empuje para ir a resolverlas, significa una visión tan clara de lo que cada pueblo es en el momento histórico presente y de lo que puede y debe hacer en el mundo, que, ciertamente, muchas veces el progreso rápido de naciones asombro de la Historia ha respondido pura y sencillamente a que han visto con claridad meridiana cuáles eran los defectos que tenían, y cuáles los

medios para deshacer esos defectos; a que han sentido la inquietud de su estado de cultura, y por eso se han agitado enérgicamente para salir de él. Quizás una de las notas de atraso más grande que tengamos en España está en que no vemos los problemas, en que nos resistimos a darnos cuenta de nuestros propios problemas de cultura, y decimos muy fácilmente ante las advertencias que nos llaman la atención hacia los defectos y vacíos, esta frase que no será muy española, pero que se repite muchas veces: "¿Qué más da? bien está." Cuando yo he oído en tantas ocasiones calificar, con un optimismo verdaderamente desconsolador, de pasaderos, de aceptables, tantos edificios, tantos locales donde se albergan muchachos y donde dicen que hay una escuela nacional, y he pensado en lo que significa ese contentamiento, ese desconocimiento absoluto del problema, esa tranquilidad respecto de la situación presente, me he echado a temblar, porque si este estado perdurase, es cuando tendríamos que desesperar del porvenir de España.

Pues bien; América tiene los tres factores citados: en América hay hombres y hay corrientes de cultura que crean, que han creado; en América hay en toda la masa una simulación constante, una posesión de lo que hacen los demás pueblos, y una repetición de ello amoldada a las condiciones

de cada uno de los países; y en América hay, sobre todo, la inquietud por su problema de cultura, en los dos aspectos fundamentales que puede tener esta inquietud: uno, el estado de cultura misma y el de los establecimientos donde ha de recibirla la juventud; otro, la preocupación del espíritu propio. Yo he visto cómo, con esas palabras en que sale lo más profundo que tenemos en el alma y que a veces parecen sollozos, cómo, digo, la juventud americana lanza con ansiedad, con tristeza, estas preguntas (se las lanza a sí misma, y se las lanza a los extranjeros para ver si pueden darle contestación inspirada en la visión imparcial que puede tener quien va a un país y no se mezcla en sus luchas): "Y ¿cómo somos nosotros? ¿Dónde está nuestro espíritu? ¿Nos lo van a perturbar estas influencias que vienen de afuera? ¿Harán que dejemos de ser lo que somos?"

Esto significa, en muchas ocasiones, lo más hondo, lo más íntimo del problema espiritual de que un pueblo puede preocuparse: la esperanza o, por lo menos, el deseo de hacer, por medio de la cultura, ciudadanos que lleven hondamente impreso el espíritu de la nación a que pertenecen.

Pues bien, señores; yo deseo tratar en estas conferencias de esas tres expresiones de cultura a que me he referido, y daros algunos ejemplos de ellas.

Y antes de entrar en esa parte de mi conferencia, quiero recordaros una cosa que seguramente todos los que estáis aquí sabéis: que nuestra América, la América de lengua española es, en primer lugar, mucho mayor de lo que nos figuramos desde aquí, muchísimo mayor. Nosotros estamos acostumbrados a ver América en los mapas, y en los mapas la proporción se pierde para la observación de la mayoría de las gentes. Luego, como oímos hablar tantas veces a los que vienen de allí, de la Argentina, de Chile, de Venezuela, y otros diversos países, nos parece que han de estar tan próximos unos de otros como en España lo están Galicia, Andalucía, etc. Es preciso medir exactamente en los mapas, o ir allí, para ver la distancia geográfica enorme que hay entre unos y otros países, y la serie de problemas que plantea esa separación. Empezando por el de las relaciones comerciales y turismo, baste este dato: para ir a Méjico desde la Argentina, hay que venir a Europa; los mismos americanos del Norte tienen una difícil comunicación con la última de dichas Repúblicas. Este dato basta, porque responde a la distancia inmensa, y previene respecto de la complicación enorme que supondría el establecimiento de una comunicación que no tendría de momento un provecho considerable; y sabido es que como no suelen establecerse estas comunicaciones

por obra de patriotas, sino de gentes de negocios, éstas no arriesgan capital mientras no ven claro y próximo el provecho.

En segundo lugar, tengamos presente este otro dato: la América española es muy varia. Sus distintas naciones no son iguales en muchas cosas importantes de la vida, y hasta países que están en una misma parte de América, en la América del Sur, verbigracia, ofrecen desemejanzas muy notables. Quien haya estado allí sabe perfectamente, solo con tratar a unos cuantos individuos, que el alma argentina, por ejemplo, no se parece al alma uruguaya, y que el alma chilena es distinta de las dos. Eso hay que tenerlo en cuenta. Es preciso que conozcamos esas diferencias, porque ellas hacen que los problemas nacionales se planteen diferentemente en cada uno de los sitios. No podemos, pues, dar reglas generales ni sentencias firmes en blanco para toda América. Necesitamos estudiar de manera concreta las circunstancias particulares de cada uno de esos países, para que nuestras soluciones se amolden a las condiciones específicas que tiene cada uno de ellos. Claro es que por encima de esta variedad, por encima de esta diferenciación del alma nacional en los países de lengua castellana, hay muchas notas comunes. Esas notas comunes proceden, de una parte, de la comunidad de origen europeo, porque, al fin

y al cabo, son hijos nuestros en su inmensa mayoría. El tinte europeo que fundamentalmente, originariamente, tienen los pueblos hispano-americanos, es el nuestro, y ello representa — no necesito recordároslo — una serie de lazos de orden antropológico y de orden espiritual que, además de originar cierta orientación en la vida, no tiene más remedio que hallarse difundido de una manera esencial en todas las naciones hispano-americanas.

Hay otra cosa que les acerca también, y es la igualdad fundamental de las influencias europeas — digo europeas, y son también americanas — que reciben, porque en todos los pueblos hispano-americanos, aunque en un grado variable, naturalmente, se encuentran estas influencias: la alemana, la inglesa, la yanqui, la francesa y la italiana; estas tres últimas principalmente. Todo ello, pues, contribuye, como digo, a establecer cierta comunidad de espíritu sobre la base de una tradición y unas influencias comunes que tienden a corregir las diferencias nacionales, haciendo que se fundan en un orden superior de orientación y de sentido de vida. Por esto es posible — a lo menos hoy por hoy — hablar de hispano-americanos como algo genérico, y referirse a problemas comunes a todos los países aquéllos, aparte los problemas particulares y las conveniencias e interés de cada uno de ellos.

Tengamos presente este dato para explicarnos ciertas cosas y estar alerta en punto a nuestras resoluciones y actitudes en cada cuestión americanista que se nos puede plantear.

Los ejemplos que deseo presentaros en ésta, y quizás en otras conversaciones del mismo carácter, no digo yo que sean los más salientes de cada uno de los países. Quiero adelantar esta advertencia, para que nadie entienda que, por hablar yo de tales o cuales establecimientos de cultura, de estas o las otras corrientes de ideas, quiero decir que son los primeros en su orden. No pretendo establecer gerarquías ni formular juicios de prioridad. Tomaré sencillamente fenómenos, hechos o nombres *representativos*, y he de procurar tomarlos de todos los países que he visitado, unas veces de la Argentina, otras del Uruguay, de Chile, del Perú, de Méjico, de Cuba, y a veces será de todos ellos, porque he encontrado movimientos comunes a todos esos países.

Comenzaré hablando de aquel establecimiento de enseñanza en que primeramente puse los pies, por un deber de gratitud que todo el mundo reconocerá. Me refiero a la Universidad de la Plata. En la Argen-

tina, como sabéis, hay varias Universidades nacionales: la Universidad de Córdoba, la madre de todas ellas, que conserva el carácter español; la Universidad de Buenos Aires, la de la Plata y la de Santa Fe, que comienza ahora a tomar carácter nacional y a desarrollarse en ese sentido.

La Universidad de la Plata es la más joven (descartando la de Santa Fe, a cuyo nacimiento he podido asistir), y ofrece ciertos caracteres que pueden señalarse propiamente como representativos de las instituciones de este orden en la Argentina, porque con un poco más o menos de prelación, con una intensidad mayor en ciertos órdenes de la vida universitaria y menor en otros, en ese camino van todas ellas. De modo que, en rigor, cuando yo hable de la Universidad de la Plata, aunque le dé a ella todo lo que merece y todo lo que es de ley que de ella se diga, en cierta manera hablaré también de las demás, porque, por ejemplo, en la Universidad de Buenos Aires, las Facultades de Medicina y Derecho (ésta es la que más frecuenté) ofrecen hoy las mismas orientaciones que la Universidad de la Plata constitucionalmente tiene.

Pues bien; la Universidad de la Plata es sencillamente una Universidad de tipo moderno, una Universidad que se separa completamente de las viejas Universidades euro-

peas que al principio se copiaron en América; y es así, por varias cosas fundamentales: primera, la del *programa*. Sabéis que nuestras Universidades son, cuando más, un complejo de cinco Facultades (antiguamente, seis, con la de Teología): la Facultad de Derecho, la de Medicina, la de Filosofía y Letras (diversificada ahora en varias Secciones), la de Ciencias y la de Farmacia: ese es, fundamentalmente, el tipo clásico europeo. El tipo moderno de la Universidad ya no es este, sino el que abraza en su seno la totalidad de las disciplinas científicas, rompiendo con aquella jerarquía que consideraba como superiores ciertos estudios que servían para lo que se llamaba "las carreras liberales", y apartaba la atención de todos aquellos problemas que la vida moderna ha puesto sobre el tapete y en primera fila. Por eso las Universidades modernas del Norte de América, y aún algunos establecimientos de corte universitario de Europa (por ejemplo, de Suiza) tienen, al lado de las Facultades clásicas, otras como las de Agricultura o de Agronomía, de Ciencias Industriales o de Ciencias aplicadas a la Industria, la de Ingeniería, la de Comercio y otras varias referentes a los problemas de la vida material o económica, respecto de las cuales se ha comprendido el peligro que había en dejarlas fuera de la Universidad, suponiendo que son menos importantes que la Ciencia del Derecho, o de la Medicina,

o de la Historia, y no merecen codearse con éstas.

Pero, al propio tiempo, la Universidad moderna se ha percatado de esto otro, de que nosotros especialmente parece que nos hemos enterado ya, a saber: que la Universidad es un Centro educativo, el cual trabaja con un personal de alumnos que no forma ella misma, que procede de formaciones anteriores, de la llamada segunda enseñanza y de la escuela; y que, por tanto, la Universidad jamás podrá dar los frutos apetecidos si se desentiende del problema pedagógico concebido en toda su amplitud, y no mira con cariño, con amor, y no cobija bajo sus alas la enseñanza secundaria y la enseñanza primaria. Por eso la Universidad moderna tiene, o procura tener también, su Escuela y su Centro de segunda enseñanza.

La Universidad de la Plata contiene las Facultades tradicionales: Derecho y Ciencias Sociales, con su Sección de Historia y Literatura (lo que diríamos nuestra Facultad de Filosofía y Letras); de Ciencias físicas y naturales (1); de Ciencias matemáticas y astronómicas; de Agronomía y Veterinaria; una Sección especial de Pedagogía, y una Sección secundaria, con un Colegio que llamaríamos nosotros Instituto general y téc-

(1) La de Medicina no existe aún; mas parece que se piensa en crearla.